

---

# CONFIRMACIÓN

---



*Confirmación en la Iglesia primitiva. NICOLÁS POUSSIN (1594-1665)*

¡Has recibido ya el Bautismo! ¡quizá de muy pequeño, quizá de grande! Tienes, sobre tu dignidad de ‘homo sapiens’, la dignidad excelsa, maravillosa, de ‘hijo de Dios’, hermano de Jesucristo, vivificado por Su Espíritu. ¡Has recibido el Espíritu Santo y, por eso, tienes, a la manera de germen, la misma Vida de Dios! Como todo hijo eres heredero de la fortuna de Dios, ahora tu Padre. Esa herencia es nada menos que todas las riquezas que Él es y que a Él pertenecen. Pero, antes que nada, Su propia Vida Divina, que ya ha comenzado a darte existencia nueva, sobrenatural, a partir de tu Bautismo. Además de tu vivir **‘biológico’**, ‘animal’ –el que mueve tus órganos: tu estómago, tus riñones, tus músculos, tus arterias-; además de tu vivir ‘racional’, **‘humano’** –el que mueve tus pensamientos, tus ideas, tus cálculos, tus propósitos, tus verdaderos y legítimos amores, el que te permite manejar una ordenadora y enviar un vehículo espacial a Marte- ya posees el vivir **‘divino’**, es decir ‘sobrenatural’, ‘sobrehumano’ y que llamamos Gracia o Espíritu Santo.

Sin embargo, en la ceremonia del Bautismo -si lo has recibido de pequeño-, a propósito, la Iglesia no ha querido darte el sello final, complementario, último, que te hace plenamente comprometido, decidido, firmemente fortificado, para vivir como hijo de Dios en un mundo y una



sociedad en donde tanto nuestras debilidades, como nuestros malos ‘amigos’ —es decir ‘enemigos’— (entre los cuales tantísimas veces está la televisión, internet, los periodistas y maestros que no aman a Jesús, o los que usan el nombre

### ENFERMEDAD

Viene del latín ‘in-firmitas’: lo que quita firmeza, solidez.

de Jesús para engañarnos o ganar plata, los malos consejeros...) debilitan nuestras convicciones cristianas. En lugar de estar ‘firmes’ frente al mal, como buenos soldados; en vez de poseer ‘firmeza’ como un buen atleta, nos debilitamos, nos ‘enfermamos’, a lo mejor no en lo biológico, como para tomar vitaminas y tónicos, pero sí como hombres y como hijos de Dios. Para evitar que nos ‘enfermemos’, que seamos menos firmes, la Iglesia quiere agregar a nuestra condición de bautizados, al sacramen-



to del Bautismo, una especie de precinto: como esa tira de metal o de plástico que se pone en los paquetes o valijas para que no puedan abrirse fácilmente, o un candado, un escudo



de protección, una especie de chaleco antibalas como el que usa la policía cuando ha de enfrentar situaciones peligrosas. Ese sacramento que nos da solidez, firmeza, y que completa al Bautismo es llamado, por eso, ‘Con-firmación’.

A la manera de un documento, una carta importante: recién adquiere ‘firmeza’, se transforma en prueba definitiva, en documento fehaciente, cuando el que lo redacta estampa su ‘firma’, lo ‘confirma’ con su nombre. Y ya sabemos que los documentos muy importantes, los contratos,



no solamente lo ‘firman’ los interesados, sino que, para que tengan plena validez y fuerza, deben ser ‘confirmados’ o ‘firmados’ o ‘rubricados’ por un Escribano con su ‘sello’.

Y es por eso que, normalmente, cuando un sacerdote ‘bautiza’ a un niño —que, por supuesto, es **lo realmente importante**— no ‘confirma’. Esa confirmación queda reservada habitualmente a alguien





de mayor dignidad, de más autoridad, al obispo, que hace, en nombre de Dios, de Escribano, de dador a tu condición de bautizado de esa firmeza, fuerza, energía, carácter que todos necesitamos para actuar valerosamente como

hermanos de Jesús. La Iglesia Católica Romana, por eso, reserva el sacramento de la Confirmación para cuando somos más grandes y empezamos a actuar con libertad. Hasta entonces eran nuestros padres quienes casi nos imponían lo qué debíamos hacer. Íbamos a Misa, generalmente porque los grandes nos insistían o llevaban. Rezábamos porque en el Colegio se rezaba o porque mamá nos ayudaba a hacerlo al pie de la cama. Pero llega un momento en que el bautizado debe usar las **'virtudes'**, las **'fuerzas teologales'** que posee por su condición de hijo de Dios, libre, responsablemente. No solo porque se lo dicen o lo mandan o lo acompañan, sino porque le sale de adentro, de su **libertad**, de su **decisión**. Es un hermano de Jesús porque 'elige' vivir como tal. Y, como ya no se siente más un nene de mamá, va a proceder como cristiano y según las enseñanzas del evangelio, sin tener miedo a nada ni a nadie, y lo será aunque esté cansado, triste, tentado, enfrentado por malos amigos, a veces retraído por sus propias debilidades, 'enfermedades'... Para ello se nos da la **Confirmación**.



Porque Jesús ha previsto que llegarán estos momentos de decisiones cuando tendrás que tener más fuerzas y energías que nunca. El obispo –o su representante- pondrá en tu personalidad el sello definitivo, la 'firma', la rúbrica, de la 'confirmación', de la energía que hará que la Gracia, el Espíritu, pueda impulsar tus acciones con fuerza, **con valentía**, como un verdadero varón y mujer cristianos, a ejemplo de nuestro queridísimo hermano mayor, Jesús, que no vaciló en enfrentar, todos los días de su vida, los mayores obstáculos, para comportarse como Hijo de Dios, incluso tomando, con arrojo y coraje, la Cruz. Y por esa misma **fuerza del Espíritu**, venció esa batalla, en la gran victoria de la Resurrección.

De allí que se diga que la Confirmación nos ayuda a ser como 'soldados' de Cristo, aptos para combatir contra nuestros egoísmos, vicios y pecados y, también, contra todo lo que, desde afuera -incluidos, como decíamos al principio, los malos programas, los malos consejeros, los malos amigos, ¡los enemigos!- quiere impedirnos ser buenos cristianos.



Jesús representado como general romano. Siglo V. RAVENA



Más que soldados: ¡comandos de Cristo! ¡tropas especiales! Los que estamos junto a Jesús en lo más peligroso, lo más arduo, lo más difícil.

No es fácil ser un buen y **valeroso cristiano**, no es fácil hacer las cosas serias y grandes que nos exige nuestra nobleza de hermanos de Jesús: estudiar, enfrentar el mal, ser buenos aunque no tengamos ganas, hacer las cosas que no siempre tenemos deseos de hacer, pero que, como buenos cristianos, ‘sabemos’ que tenemos que hacer. Ni resistirnos



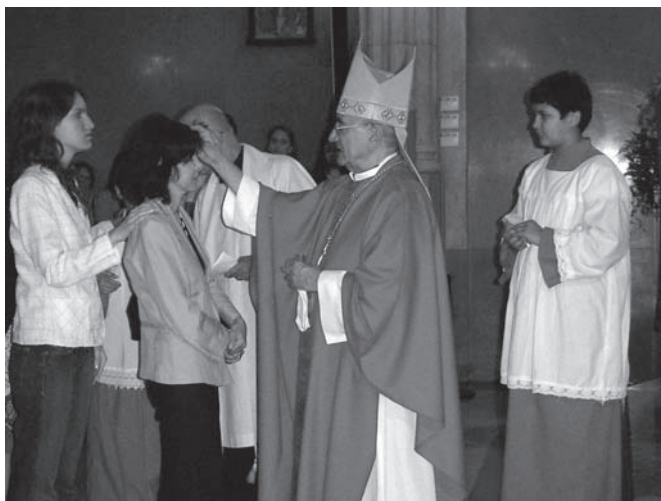
*Soldados libaneses*

férreamente a hacer lo que no corresponde a un cristiano, aunque todos los demás lo hagan y aunque quieran obligarnos a hacerlo. Ser **fuertes** para no mentir, para portarnos como caballeros y como damas, para **no ser cobardes**, para rezar, para ir a Misa para que no nos importen las burlas que nos hagan por ser cristianos... No basta saber, no basta más o menos querer, es necesario tener fuerza y poder para hacerlo. Ese poder nos lo aumenta, nos lo fortifica, nos lo afirma, reafirma, firma, ¡la Confirmación!

Este mismo Sacramento nos hará también tomar más conciencia de nuestro estupendo deber de **transmitir la Buena Nueva**, el Evangelio de Jesús a aquellos que no lo conocen, o a aquellos que habiéndolo conocido no lo practican o se han olvidado de él. No solo tenemos que ‘recibir’ la Gracia de Dios, tenemos que ‘darla’ haciéndonos instrumentos, voceros, -¿Oíste hablar del ‘vocero presidencial’? ¡Otra que del presidente!

¡Somos voceros del Supremo Presidente del Universo! ¡Ministros, apóstoles, enviados, testigos, embajadores de Jesús!-. La Confirmación es pues un sacramento que nos llena de fuerza, pero, al mismo tiempo, es un ‘nombramiento’: somos nombrados, designados, voceros, **embajadores**... todo eso que acabamos de decir, de Jesús.

Sin embargo, un vocero, un embajador, basta que transmita lo que le dice el que lo envía **con su palabra**. El mensaje de Jesús, en cambio, no solo debe ser transmitido como una misiva, un papel, un discurso, sino también **con las obras**. El que transmite las palabras de Jesús, debe también ‘vivirlas’, para que su vida, su conducta, respalde, atestigüe, lo que dice. ¡Qué feo cuando decimos o predicamos una cosa y actuamos de otra manera! ¡Qué puede pensar la gente de un bautizado que dice ser cristiano pero que no actúa como tal? ¡Quién puede creer en su palabra? El cristiano, pues, no solo tiene que ser ‘vocero’, embajador, de Cristo: para ser verdaderamente ‘apóstol’ tiene que **‘testimoniar’ con su comportamiento** que vive lo que dice. A eso se le llama ser **‘testigo’**. Testigo, en griego, se dice *‘martyr’*. Por eso a los



que sostenían lo que profesaban como cristianos hasta enfrentar la muerte, a los que los matan –y todavía hoy en día matan, en países marxistas o musulmanes o hindúes- por ser cristianos, se les da, de un modo especial, el nombre de ‘testigos’, de ‘mártires’. Pues bien, en el sacramento de la Confirmación el Espíritu Santo nos da especialísimas **fuerzas** y **coraje** para ser ‘testigos’, para ser **mártires**.

¡Qué feo tener la fuerza para ser verdaderos cristianos, tener el nombramiento, y no usar de esa fuerza ni desempeñar con valor y competencia la misión para la cual hemos sido nombrados!



*El Catequista, testigo de Cristo*



## SAGRADA ESCRITURA

En el libro del Éxodo encontramos un antiguo himno puesto en boca de Moisés. Viendo al pueblo de Dios salvado y a los enemigos que lo perseguía, derrotados, Moisés canta:

*“Mi **fortaleza** y mi **protección** es Yahvé.*

*Él es mi salvación.*

*Él es mi Dios: yo lo alabaré,*

*el Dios de mi padre, yo lo exaltaré.*

*Tu diestra, Yahvé, impresionante por su esplendor;*

*tu diestra, Yahvé, aplasta al enemigo.*

*Pavor y espanto cayeron sobre ellos.*

*Bajo la **fuerza** de tus brazos*

*enmudecieron como piedras,*

*hasta que pasó tu pueblo, Yahvé,*

*hasta que pasó el pueblo que adquiriste” (Ex 15, 14-16).*

En muchos libros del Antiguo Testamento hay oraciones de acción de gracias parecidas a este himno. Algunos ejemplos están en el libro de los Salmos.

*“Yo te amo, Señor, mi **fuerza**. Señor, mi **Roca**, mi **fortaleza** y mi **libertador**, mi Dios, el peñasco en que me refugio, mi escudo, mi **fuerza** salvadora, mi **baluarte**. Invoqué al Señor, que es digno de alabanza y quedé a salvo de mis enemigos” (¿A quién llamaré, luego, Jesús: piedra, peñasco, roca...?) (Sal 18, 2-3).*

*“Unos se fían de sus carros y otros de sus caballos (hoy diríamos sus tanques y sus misiles), pero nuestra **fuerza** está en el nombre de nuestro Dios. Ellos tropezaron y cayeron, mientras nosotros nos mantuvimos de pie y confiados” (Sal 20, 8).*

*“El Señor es mi **fuerza** y mi escudo, mi corazón confía en él. Mi corazón se alegra porque recibí su ayuda: por eso le daré gracias con mi canto. El Señor es la **fuerza** de su pueblo, el **baluarte** de salvación para su Ungido” (Sal 28, 7-8).*

Lee también la hermosa plegaria del Salmo 59, especialmente los versículos 10 y 18.

¿Te acuerdas de que, a la gente valiente –a San Francisco Solano, por ejemplo-, los indios la llamaban “cristiano toro”? El Salmo 92 dice algo parecido: que Dios nos da, con su unción, la fuerza:

### DIESTRO - SINIESTRO

El brazo, sobre todo el derecho, el ‘diestro’- contrariamente al izquierdo al ‘siniestro’-, es símbolo de poder, cuando se refiere a Dios.

## CONFIRMACIÓN

*“Me das la **fuerza** de un toro salvaje y me unges con óleo purísimo”*

Es Dios el que nos presta Su fuerza, esa misma fuerza con la cual, a partir de la nada creó omnipotente-mente todas las cosas. Los sacramentos y la oración son la manera que tenemos de comunicarnos con ese poder. Así dice el Salmo 138:

*“Me respondiste cada vez que te invoqué y aumentaste la **fuerza** de mi alma” (v. 3).*

DAVID dijo a YAHVÉ las palabras de este cántico el día que lo salvó de la mano de todos sus enemigos y de la mano de SAÚL.

*“Yahvé, mi **roca** y mi **baluarte**,  
mi libertador, mi Dios,  
la roca en que me amparo,  
mi escudo y **fuerza** salvadora,  
mi ciudadela y mi refugio,  
mi salvador que me salva de la violencia.*

*Invoco a Yahvé, digno de alabanza,  
y me veo libre de mis enemigos” (2 Sam 22, 2.3).*

Por esto, cuando el pueblo de Dios se está por instalar en la Tierra Prometida, se le dice:

*“Guardaréis todos los mandamientos que yo os prescribo hoy, para que os hagáis **fuertes** y lleguéis a poseer la tierra a la que vais a pasar para tomarla en posesión” (Deut 11, 8).*

Lee, también, un hermoso cuento en el libro llamado de los Jueces, capítulo 16 que nos habla de Sansón, un personaje legendario a quien su consagración a Dios, simbolizada por su pelo largo (averigua qué quiere decir ‘nazir’), daba enormes fuerzas para vencer a sus enemigos.

Hay que leer el cuento no como si fuera una historia real sino una especie de parábola, de comparación, en donde la lucha contra los enemigos, representa la lucha del cristiano contra sus propios pecados, faltas y debilidades. Lo que quiere decir el cuento es que cuando estamos con Dios y cumplimos su voluntad, somos ‘confirmados’, somos fuertes, en cambio, cuando nos alejamos de Él por cualquier motivo, perdemos fuerzas –nos cortan el pelo como a Sansón- y nos volvemos débiles y enfermos. Pedile a mamá o a papá que te lean la historia y te la expliquen, para que no la entiendas mal y quieras salir a matar a todo el mundo, como en el cuento, alegóricamente, hace Sansón. ¡El verdadero Sansón es Jesucristo, que ha sabido vencer, fuerte y valientemente, el mal con el bien!

Esta fuerza que nos da Dios es para que podamos vivir en medio de las dificultades diarias como verdaderos hijos suyos. Nos hace valientes para enfrentar todo lo que nos aparta de Él; nos da inteligencia para que sepamos discernir qué es lo que nos conviene en orden a la vida Eterna y qué, lo que nos privaría de ella; nos hace sabios, para que podamos gozar contemplando las maravillas que obra en nosotros y en toda la creación. Encontramos muchísimos ejemplos en los libros llamados “Proféticos”.

En el libro del profeta JEREMÍAS leemos una oración que dice así:

*«¡Ay, Señor Yahvé! Tú eres quien hiciste los cielos y la tierra con tu gran **poder** y tenso brazo: nada es extraordinario para ti, el que hace merced a millares [...] el Dios grande, **el Fuerte**, cuyo nombre es Señor de los ejércitos, grande en designios y rico en recursos, que tiene los ojos fijos en la conducta de los humanos, para dar a cada uno según su conducta y el fruto de sus obras” (Jer 32, 17-19).*



*Sansón y el león. Arte paleocristiano. Siglo III*

El libro comienza contando cómo Dios fortaleció a JEREMÍAS, cuando aún era muy joven, para que fuera su profeta y comunicara Su palabra a los hombres sin tener ningún temor por lo que ellos pudieran hacerle:

*“El Señor me dijo: «No digas: ‘soy demasiado joven’, porque donde Yo te envíe tú irás [...] No temas delante de ellos, porque **Yo soy contigo para librarte**» –palabra del Señor-” (Jer 1, 7-8).*

Eso también nos lo dice a nosotros cuando recibimos el sacramento de la Confirmación, pues con él “nos reviste de una fuerza semejante a la Suya” (Eclo 17, 3 a).

Por su parte, en el libro de ISAÍAS, leemos:

*“He aquí a Dios mi Salvador: estoy seguro y **sin miedo**, pues Yahvé es mi fuerza y mi protección, él es mi salvación» (Is 12,2).*

Y también:

*“Súbete a un alto monte,  
alegre mensajero para Sión;  
clama con **voz poderosa**,  
alegre mensajero para Jerusalén,  
clama **sin miedo**.*

*Di a las ciudades de Judá:*

*«Ahí está vuestro Dios» (Is 40, 9).*

Y, más adelante:

*“¿Es que no lo sabías? ¿O es que no lo has oído? Dios eterno, Yahvé, creador de la tierra hasta sus bordes, no se cansa ni se fatiga; imposible escrutar su inteligencia. Que al cansado da **vigor**, y al que no tiene fuerzas la **energía** le acrecienta. Los jóvenes se cansan, se fatigan, los valientes tropiezan y vacilan, mientras que a los que esperan en Yahvé él les renovará el **vigor**” (Is 40, 28-31).*

En MIQUEAS leemos:

*“Yo, en cambio, estoy lleno de **fuerza**, de espíritu de Yahvé, de justicia y de **valor** para denunciar a Jacob su delito y a Israel su pecado” (Miq 3,8).*

Es claro que no hay que entender esa fuerza como si fuera solo una cuestión de músculos, es algo que surge de nuestro querer y también de nuestro conocer la Verdad, de nuestro no ser tontos.

Por eso el libro de los Proverbios dice:

*“Con la sabiduría se construye una casa y con la inteligencia se mantiene **firme** (acordate que en ese tiempo cada hombre era su propio albañil y tenía que hacerse la casa valiéndose de su fuerza y de su habilidad); con la ciencia se llenan las despensas de todos los bienes preciosos y agradables” (Prov 24, 3-4).*

Precisamente porque la fuerza del espíritu está en el orden de la inteligencia, del saber, de la fe, es que el mismo poema del libro de los Proverbios continúa diciendo:

*“Más vale un sabio que un hombre musculoso y un hombre instruido que un atleta, porque la guerra se gana con estrategia, y la victoria, con muchos consejeros” (Prov 24, 5-6).*

Así es. La guerra que el soldado de Cristo –el ‘fortificado’ con el sacramento de la Confirmación- debe pelear cada día contra el pecado en todas sus formas, se gana con la fortaleza, pero también, con la ciencia, la sabiduría, el entendimiento, el consejo, que son los dones del Espíritu.

Quien vive unido a Dios puede exclamar, como DANIEL:

*“¡Bendito sea el nombre de Dios, desde siempre y para siempre, porque a Él pertenecen la **sabiduría y la fuerza!**” (Dan 2, 20b).*

¿Ves?, sabiduría y fuerza marchan juntas y ambas nos llegan de Dios. Así leemos en el primer libro de las Crónicas:





Pentecostés. EL GRECO

*“en tu mano están el **poder** y la **fuerza**, y es tu mano la que engrandece y afianza las cosas. Por eso, Dios nuestro, te damos gracias [...]” (1 Cro 29 12b.13).*

Pero el verdadero fuerte, el ungido por excelencia, es Jesús. Él es el Ungido de Dios. Y por eso, de Él se da testimonio de que le ha sido dado el espíritu sin medida.

*“Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo, llenándolo de **poder**” (Hch 10, 38).*

Todo aquello que se decía de los profetas del Antiguo Testamento alcanza su cumplimiento perfecto en Jesucristo. Él sí que puede decir:

*“El espíritu del Señor está sobre mí porque Él me ha ungido” (Is 61, 1).*

Por eso estaba lleno de la fuerza de ese Espíritu y podía transmitirla a los que lo tocaban –nosotros lo tocamos en los sacramentos y en la fe–:

*“Y toda la gente quería tocarlo, porque salía de Él una **fuerza** que sanaba a todos” (Lc 6, 19).*

*“Jesús se dio cuenta enseguida de la **fuerza** que había salido de Él” (Mc 5, 30).*

Jesús respondió: *“Alguien me ha tocado porque he sentido una **fuerza** que salía de mí” (Lc 8, 46).*

Una vez resucitado será poderosa usina de fuerza para los suyos. Él les promete, antes de la Ascensión, que les enviará esa fuerza.

*“Yo les enviaré lo que mi Padre les ha prometido. Permanezcan en la ciudad hasta que sean revestidos con la **fuerza que viene de lo alto**” (Lc 24, 49).*

*“Recibirán la **fuerza** del Espíritu Santo que descenderá sobre ustedes, y serán mis testigos hasta los confines de la tierra” (Hech 1, 8).*

El libro de los **Hechos de los Apóstoles** nos habla de la fortaleza que reciben aquellos a quienes se les comunica el Espíritu. Es la fuerza que hace de los cristianos “testigos” de Cristo (en griego, ya lo hemos visto, testigo se dice “mártir”). Antes de recibir esta fuerza de lo Alto, los apóstoles estaban encerrados. Pero, cuando fueron investidos de esta fortaleza, salieron a dar testimonio de Jesús, incluso con su vida:

*“Los Apóstoles regresaron entonces del monte de los Olivos a Jerusalén. Cuando llegaron a la ciudad, subieron a la sala donde solían reunirse -la misma sala de la última cena-. Todos ellos, íntimamente unidos, se dedicaban a la oración, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos. [...] Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De pronto, vino del cielo un ruido, semejante a una **fuerte ráfaga** de viento, que resonó en toda la casa donde se encontraban. Entonces vieron aparecer unas lenguas como de **fuego**, que descendieron por separado sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en distintos idiomas, según el Espíritu les permitía expresarse. Había en Jerusalén judíos piadosos venidos de todas las*



Interior del Cenáculo donde Jesús instituyó la Eucaristía.



naciones del mundo. Al oír este ruido, se congregó la multitud y se llenó de asombro, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma. Pedro, poniéndose de pie con los Once, levantó la voz y dijo: «Hombres de Judea y todos los que habitáis en Jerusalén, prestad atención, porque voy a explicaros lo que ha sucedido: A Jesús de Nazaret, el hombre que Dios acreditó ante vosotros con milagros, prodigios y signos realizados por su intermedio –como todos sabéis–, a ese hombre que había sido entregado conforme al plan y a la previsión de Dios, vosotros lo hicisteis morir, clavándolo en la cruz por medio de los infieles. A este Jesús, Dios lo resucitó, y todos nosotros somos testigos. Exaltado por el **poder** de Dios, él recibió del Padre el Espíritu Santo prometido, y lo ha comunicado como ustedes ven y oyen»” (Hech 2, 1-36).

(¿Sabés dónde, por qué y cómo murió, luego, Pedro? ¿Cómo lo podemos llamar?)

A la manera de Jesús, María y los Doce apóstoles, también nosotros, los bautizados y confirmados, también ‘ungidos’ y ‘sellados’, hemos sido llenados del Espíritu para poder vivir de una manera digna de la vocación a la que hemos sido llamados.

Y así lo pedía para sus fieles de ÉFESO, el Apóstol PABLO:

“Que Él les conceda, según la riqueza de su gloria, que sean **fortalecidos** por la acción de su espíritu en el hombre interior[...]” (Ef 3, 16).

“En Cristo, ustedes, los que escucharon la Palabra de la verdad, la Buena Noticia de la salvación, y creyeron en ella, también han sido **marcados** con un **sello** por el Espíritu Santo prometido, que es prenda de nuestra herencia[...]” (Ef 1, 13).

“No entristezcan al Espíritu Santo de Dios con el cual fueron **sellados** para el día de la redención. Eviten la amargura, los arrebatos, la ira, los gritos, los insultos y toda clase de maldad (¡pura cobardía y debilidad!). Por el contrario, sean mutuamente buenos y compasivos, perdonándose los unos a los otros como Dios ha perdonado en Cristo (¡esto sí que es verdadera fuerza y valentía!)” (Ef 4, 30).

“Tomen el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios; siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el espíritu” (Ef 6, 17).

PABLO también cuenta, a los romanos, que todo lo que hizo fue el poder de Cristo que lo llevó a testimoniarlo, en palabra ¡y en obras! con la fuerza del Espíritu Santo:

“Les hablo, no de lo que yo he hecho, sino de aquello que hizo Cristo por mi intermedio,



¿Puedes relacionar estas imágenes? Fuego... una usina... energía...



El viento es la fuerza motriz que produce el funcionamiento de los molinos.



El hombre del yelmo dorado (1650). REMBRANDT.  
Museo Gemäldegalerie de Berlín

para conducir a los paganos a la obediencia, mediante la palabra y **la acción**, por **el poder** de signos y prodigios y por **la fuerza** del Espíritu Santo” (Rm 15, 19).

Vuelve a repetírselo a los ciudadanos de Corinto:

“No, las armas de nuestro combate no son carnales, pero, por **la fuerza de Dios**, son suficientemente poderosas para derribar fortalezas” (2 Cor 10, 4).

La fuerza del Espíritu es tan grande que incluso hace vencer a Cristo en su aparente máxima debilidad: la Cruz. Por eso los cristianos no le tenemos miedo a nada. Ni siquiera a la muerte.

“Es cierto que **Él** fue crucificado en razón de su debilidad, pero vive por el **poder** de Dios. Así también, nosotros participamos de su debilidad, pero viviremos con **Él** por **la fuerza de Dios**” (2 Cor 13, 4).

“Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo ... ilumine sus corazones, para que ustedes puedan valorar la extraordinaria grandeza del **poder** con que **Él** obra en nosotros, los creyentes, por la eficacia de su **fuerza**. Este es el mismo **poder** que Dios manifestó en Cristo cuando lo resucitó de entre los muertos y lo hizo sentar a su derecha en el cielo” (Ef 1, 19).

Es con esa fuerza que Pablo predica a Jesucristo y da testimonio –es mártir– de **Él**:

“me fatigo y lucho con la **fuerza** de Cristo que obra en mí **poderosamente**” (Col 1, 29).

Y, entonces, nos insiste a nosotros:

“Fortalézcanse en el Señor con la **fuerza** de su poder. Revístanse con la armadura de Dios para que puedan resistir las asechanzas del mal. (...) tomen la **armadura** de Dios, para que puedan resistir en el día malo y mantenerse **firmes** después de haber superado todos los obstáculos” (Ef 6, 10).

Esa es la figura de Jesús, fortalecido por el Espíritu, que nos muestra JUAN. ¿Qué te parece esta pintura simbólica? ¿Sabes descubrir su significado? Pídele a tus padres que te lo expliquen:

“En su mano derecha tenía siete estrellas; de su boca salía una **espada** de doble filo, y su rostro era como el **sol** cuando brilla con toda su **fuerza**” (Ap 1, 16).



## MAGISTERIO DE LA IGLESIA

El CONCILIO DE FLORENCIA, en el año 1439 decía:

“El efecto de este sacramento es que en él se da el espíritu santo en orden a la fortaleza, como les fue dado a los apóstoles el día de Pentecostés, para que el cristiano confiese valientemente el nombre de Cristo. [...] y para que no se avergüence nunca de proclamar el nombre de Cristo y, señaladamente, su cruz [...]”(D[H] 1319).

Dice el Catecismo del CONCILIO DE TRENTO, año 1566:

“[el] Bautismo está íntimamente unido con la confirmación. Mas no por eso se ha de entender que se trata de un único y mismo sacramento. [...] Ello aparece claro de la diversidad de gracias por ellos concedidas [...]:

La gracia del Bautismo es una gracia de ‘renacimiento’, de principio de Vida espiritual; por la confirmación, en cambio, los recién nacidos se transforman en adultos, dejada atrás su infancia espiritual. La misma distancia, pues, que existe en la vida natural entre el nacer y el crecer, existe igualmente entre el bautismo –sacramento de la ‘generación’ – y la confirmación –sacramento por cuya fuerza los que lo reciben llegan a la perfecta robustez de ánimo.

Además, en la vida espiritual debe responder un nuevo y distinto sacramento a cada nueva y diversa dificultad. Y así como fue necesaria la gracia del Bautismo para informar al cristiano en la fe, se hace necesaria una nueva gracia para fortificarla, a fin de que no se aparte de dicha fe ni sucumba al deber de profesarla abiertamente por miedo a las dificultades, a las persecuciones y aun a la misma muerte” (P. II, C. 2, n. 5).

El CONCILIO VATICANO II, en 1964 dice:

“Los fieles, incorporados a la Iglesia por el Bautismo, quedan destinados por tal carácter al culto de la religión cristiana, y, regenerados como hijos de Dios, tienen el deber de confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios por medio de la Iglesia. Por el sacramento de la confirmación se vinculan más estrechamente a la Iglesia, se enriquecen con una fuerza especial del Espíritu Santo y con ello quedan obligados más estrictamente a difundir y defender la fe, como verdaderos testigos de Cristo, por la palabra juntamente con las obras” (*Lumen Gentium*, n. 11).

En 1965:

[A los fieles] insertos por el Bautismo en el Cuerpo místico de Cristo, robustecidos por la Confirmación en la fortaleza del Espíritu Santo, es el mismo Señor el que los destina al apostolado” (*Apostolicam actuositatem*, 3).

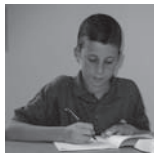


## REZAMOS

*Confirma, Señor, lo que has obrado en nosotros, y conserva en los corazones de tus fieles los dones del Espíritu Santo, para que ellos no se avergüencen de dar testimonio de Cristo crucificado y gloriosamente resucitado, y cumplan sus mandamientos con sincero amor. Por Cristo nuestro Señor. Amén.*

(Oración final de la celebración de la Confirmación, antes de la bendición del Obispo, del Ritual Romano de los Sacramentos)





### APRENDEMOS

Del catecismo de ASTETE, el que aconsejaba el General Belgrano (Tomo I Pág. 131), se usara en las escuelas argentinas:

1. “¿Para qué es el sacramento de la Confirmación?

Para confirmarnos y fortalecernos la Fe que recibimos en el Bautismo”.

El Catecismo de RIPALDA, de la época del de Astete, decía así:

2. “¿Qué cosa es la Confirmación?

Un aumento espiritual del ser que nos dio el Bautismo”.

3. “¿De qué manera nos da ese aumento?

Dándonos Gracia y fuerzas con que confesemos la Fe cristiana”.

4. “¿Qué diferencia hay del bautizado al que, además de eso, se confirma?

La que va de un niño de pecho a un varón fuerte y robusto”.

Del Catecismo de la Iglesia Católica:

5. ¿Cuales son los efectos del sacramento de la Confirmación?

Los efectos son que:

-Aumenta la Gracia bautismal que nos hace hijos de Dios, -nos une más firmemente a Cristo, -aumenta los dones del Espíritu Santo, -perfecciona nuestro vínculo con la Iglesia, -nos da una fuerza especial del Espíritu Santo para difundir y defender la Fe mediante la palabra y las obras como verdaderos testigos de Cristo, para confesar valientemente el nombre de Cristo y para no sentir jamás vergüenza de la cruz, -imprime carácter (Cf. CCE 1303// Com 268).

6. ¿Quién puede recibir este sacramento?

Todo bautizado, aún no confirmado, puede y debe recibir el sacramento de la confirmación (Cf. CCE 1306).

El candidato que ya ha alcanzado el uso de razón debe profesar la Fe, estar en Gracia de Dios, tener la intención de recibir el sacramento y estar preparado para asumir su papel de discípulo y de testigo de Cristo, en la Iglesia y en los asuntos temporales (Cf. CCE 1319// Com 269).

7. ¿Quién es el ministro de la Confirmación?

El Ministro ordinario es el Obispo. Si un cristiano está en peligro de muerte, cualquier presbítero debe darle la Confirmación (Cf. CCE 1312-1314// Com 270).

8. ¿En qué consiste el rito de la Confirmación?

El rito esencial de la confirmación es la unción con el Santo Crisma en la frente del bautizado, con la imposición de las manos del Ministro y las palabras “Recibe por esta señal el don del Espíritu Santo” (Cf. CCE 1320// Com 267).

9. ¿Qué simboliza la unción?

La unción es signo de abundancia y de alegría, purifica y da agilidad, de curación y es signo, también, de belleza, de santidad y fuerza (Cf. CCE 1293).

Los que son ungidos participan más plenamente de la misión de Jesucristo (Cf. CCE 1294).

10. ¿Qué significa 'sello del Espíritu Santo'?

El sello del Espíritu Santo marca la pertenencia total a Cristo, la puesta a su servicio para siempre e indica también la protección divina (Cf. CCE 1296).

11. ¿Qué es ser soldado de Cristo?

Ser soldado de Cristo es estar revestido con la armadura de Dios para resistir las asechanzas del mal, para combatir contra nuestros egoísmos, vicios y pecados y a los enemigos que quieren impedirnos ser buenos cristianos. Es estar junto a Jesús en lo más peligroso, lo más arduo, lo más difícil. El soldado de Cristo es el que –con la fuerza del Espíritu– confiesa la Fe valientemente mediante las palabras y las obras.



## HACIENDO SE APRENDE

**1. RELEE** la lección y **RESPONDE**:

¿Qué quiere decir enfermo?

¿En qué sacramento recibimos por primera vez al Espíritu Santo, la Gracia santificante, que nos hace hijos de Dios?

¿Qué significa confirmar?

¿Qué tenemos que poner al pie de una carta o de un cheque para que valga?

Nombra a algunos enemigos del cristiano.

¿Para qué cosas tenemos que tener 'fuerza'?

¿Basta predicar el cristianismo con palabras?

¿Qué significa ser mártir?

**2. COLOREA** y **MEMORIZA**

EL SEÑOR ES MI FUERZA Y MI ESCUDO, MI  
CORAZÓN CONFÍA EN ÉL. MI CORAZÓN SE  
ALEGRA PORQUE RECIBÍ SU AYUDA: POR  
ESO LE DARÉ GRACIAS CON MI CANTO.

**3. CRUCIGRAMA:**

**HORIZONTAL**

3. La confirmación nos ayuda a ser como '.....' de Cristo, aptos para combatir contra nuestros egoísmos, vicios y pecados y contra todos lo que, desde afuera, quieren impedirnos ser buenos cristianos.

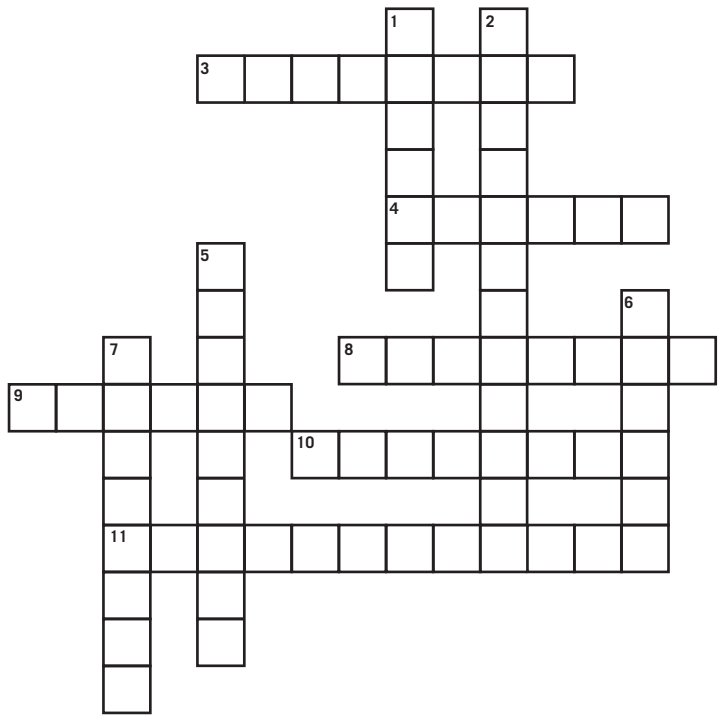
4. Ministro de la Confirmación. El que en nombre de Dios, de Escribano, de dador a tu condición de bautizado, de esa firmeza, fuerza, energía, sello que todos necesitamos para actuar valerosamente como hermanos de Jesús.

8. Revístanse con la ... de Dios para que puedan resistir las asechanzas del mal.

9. Llamamos ... o Espíritu Santo al vivir 'divino', es decir 'sobrenatural', 'sobrehumano'.

10. En el sacramento de la Confirmación el Espíritu Santo nos da especialísimas fuerzas y coraje para ser ..., para ser mártires.

11. La fuerza que nos da Dios en la Confirmación nos da ... para que sepamos discernir qué es lo que nos conviene en orden a la vida Eterna; y qué, lo que nos privaría de ella.



**VERTICAL**

1. La fuerza que nos da Dios en la Confirmación nos hace ..., para que podamos gozar, contemplando las maravillas que obra en nosotros y en toda la creación.

2. Sacramento que nos da solidez, firmeza, y que completa al Bautismo.

5. La fuerza que nos da Dios en la Confirmación nos hace ... para enfrentar todo lo que nos aparta de Él.

6. El santo ... es el aceite mezclado con perfume con el que es ungido el confirmando.

7. Sacramento por el cual recibimos la dignidad excelsa, de 'hijo de Dios', hermano de Jesucristo y recibimos el Espíritu Santo.

**4. SELECCIONA y COPIA los textos de la Palabra de Dios que más te sirvieron para comprender la Gracia que recibimos en la Confirmación:**

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....



# De todo un poco...

## OBISPADO CASTRENSE

Los capellanes militares siempre acompañaron a nuestro ejército. Capellanes tuvo el ejército del Norte, bajo el mando de Belgrano; el ejército de los Andes; el que tuvo que pelear la sangrienta guerra del Paraguay; los que participaron de la conquista del desierto y en todas nuestras contiendas.

Los capellanes militares o “castrenses”, están integrados en el llamado Obispado Castrense.

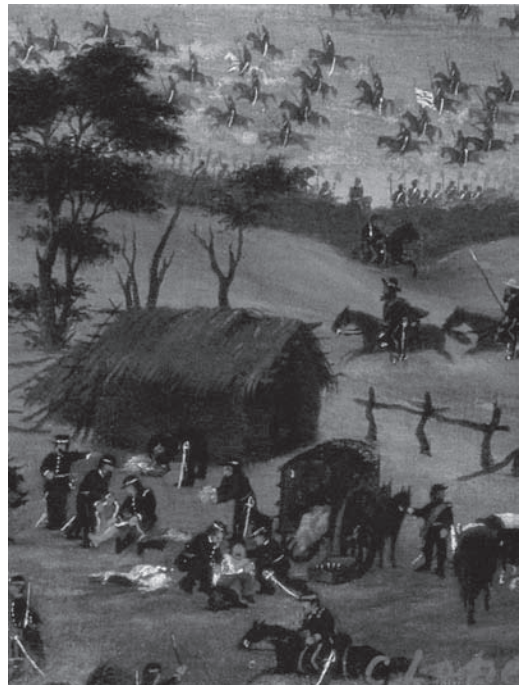
Todas las naciones con población católica tienen su Obispado Castrense. Castrense viene del latín “castra”: campamento, cuartel.



Capellán militar asistiendo a nuestros soldados en la guerra de las Malvinas.

## UN SANTO Y VALIENTE CAPELLÁN ARGENTINO EN LA GUERRA DEL PARAGUAY

LUCIO V. MANSILLA, en una de sus ‘Causeries’, menciona a un capellán militar a quien admiraba, el P. CROZES. Lo hace en ocasión del fusilamiento de dos soldados, uno asesino y otro desertor y parricida, a quienes dicho sacerdote debió asistir antes de su ejecución. “El momento terrible llegó. Un santo varón, el abate Crozes, dice, con esa elocuencia sencilla que hierde las fibras más refractarias a toda sensación de piedad: «Ah! Ustedes no saben lo que es asistir a la muerte aplicada tan fríamente. Aquí no estamos en el campo de batalla, donde en plena luz y en medio del ruido y de la exaltación general, viene la muerte acompañada de la gloria. Allí, el mismo capellán puede permanecer insensible a la muerte, porque él también experimenta el ardor de los sentimientos patrióticos, y porque él también comparte los peligros y el desprecio por la muerte... Pero aquí... todo es una carnicería»” [de MANSILLA, LUCIO V., Entre nos. Causeries del jueves, Elefante Blanco, (Buenos Aires 2000) 223]



CÁNDIDO LÓPEZ (1840-1902). Detalle del cuadro “Batalla de Yatay, 17 de Agosto de 1856”. Médicos y capellanes asistiendo a heridos.

## BENDICIÓN DE UN SOLDADO CRISTIANO O CABALLERO

*El Obispo, revestido con sus ornamentos sagrados, antes que nada bendice la espada que, desenvainada, le presenta el candidato, diciendo:*

V. Nuestro auxilio está en el nombre del Señor.

R. Que hizo el cielo y la tierra.

## CONFIRMACIÓN

V. Señor, escucha nuestra oración.

R. Y llegue a Ti nuestro clamor.

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

### Oremos:

*Escucha, te pedimos, Señor, nuestras súplicas y con la diestra de tu majestad dignate bendecir esta espada que desea ceñirse este servidor tuyo, para que con ella sepa defender a la Iglesia, a las viudas, a los huérfanos y a todos los servidores de Dios, y sea terror y valla a la crueldad de los paganos, los herejes y los traidores. Por Cristo nuestro Señor. R. Amén*

### Oremos:

*Bendice, Señor Santo, Padre Omnipotente, eterno Dios, por la invocación de tu nombre y por la venida de tu Hijo Jesucristo Nuestro Señor, y por don del Espíritu Santo Paráclito, esta espada, para que este servidor tuyo, que hoy, por tu piedad, la ceñirá a su flanco, venza a sus enemigos visibles, y acompañado en todas sus empresas por la victoria, siempre permanezca ileso. Por Cristo Nuestro Señor. R. Amén.*

Luego, puesto de pie el que va a ser creado caballero, dice (Salmo 143):  
*Bendito el Señor, mi Roca, que adiestra mis manos para el combate, mis dedos para la batalla.*

*Mi aliado y mi baluarte, mi alcázar y libertador.*

*Mi protector en quien yo espero: que me somete los pueblos.*

*Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.*

*Como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.*

V. Salva, Señor, a tu siervo.

R. Dios mío, en Ti espero.

V. Sé, Señor, su torre de fortaleza

R. Frente al enemigo.

V. Señor, escucha mi oración.

R. Y llegue a Ti mi clamor.

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

### Oremos:

*Señor Santo, Padre Omnipotente, eterno Dios que ordenas y dispones rectamente todas las cosas, y para coacer la malicia de los perversos y custodiar la justicia, permitiste a los hombres, en Tu sabia bondad, el uso de la espada, y quisiste instituir el orden militar para protección de tu pueblo, y mediante San Juan Bautista dijiste, a los soldados que acudieron a él en el desierto, que se contentaran con su justo sueldo y sobre nadie ejercieran injusta violencia; imploramos a tu clemencia, Señor, que así como al joven David le diste fuerza para superar a Goliat y a Judas Macabeo hiciste triunfar sobre la ferocidad de paganos que no te invocaban; del mismo modo concedes a este servidor tuyo, que desea imponerse el yugo de la milicia, las fuerzas de la piedad celeste y la audacia necesaria para defender la fe y la justicia, y le concedes aumento de la fe, la esperanza y la caridad. Dale también santo temor de Dios, y amor, humildad, perseverancia, obediencia y paciente constancia; inspírale rectas disposiciones, de modo que jamás con esta u otra espada a nadie hiera injustamente y, con ella, defienda todo lo justo y recto. Y así como es promovido hoy al honor de caballero, así, abandonando al hombre viejo y sus actos, se revista del hombre nuevo; para que te sirva y dé culto rectamente, evite la compañía de los malos y extienda su caridad al prójimo, obedezca en todo lo recto a sus superiores y siempre desempeñe su oficio justamente. Por Cristo Nuestro Señor. R. Amén*

Asperja agua bendita sobre el hierro. Luego, colocándose la mitra, entrega al caballero la espada en la mano derecha:

*Recibe esta espada en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, para que la uses en tu defensa, en la de la santa Iglesia de Dios, y para confusión de los enemigos de la Cruz de Cristo y de la fe cristiana;*



"El caballero misericordioso". EDWARD BURNE-JONES (1833-1898) Museo de Birmingham. Cristo abraza a un caballero que ha preferido perdonar a su enemigo que matarlo. A veces se necesita más fuerza para perdonar que para hacer justicia.

*y, en cuanto lo permita la fragilidad humana, jamás la uses para herir a nadie injustamente. Se digne concedértelo quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios, por los siglos de los siglos.*

El obispo coloca el sable en la vaina y se la ajusta al nuevo Caballero en el cinto diciendo:

*Ciñe tu espada sobre tu cintura, valiente; y ten en cuenta que los santos no por la espada, sino por la fe, conquistaron reinos.*

El nuevo caballero se pone de pie, desenvaina su espada y la hace vibrar virilmente en el aire por tres veces, luego la limpia en su brazo izquierdo y vuelve a introducirla en la vaina.

El obispo le da el ósculo de paz: Pax tecum. El caballero vuelve a arrodillarse, le da la espada desenvainada al obispo y este por tres veces con ella le golpea los hombros diciéndole:

*Seas soldado pacífico, fuerte, fiel y devoto a Dios.*

Le devuelve la espada y, con la mano derecha, hace el gesto de levantarlo:

*Despierta del sueño de la malicia y vigila en la fe en Cristo y en la fama digna de alabanza.*

Se le imponen al nuevo caballero las espuelas, y el Obispo, en su sede y con la mitra, enuncia la antífona del salmo:

*“Eres el más bello de los hijos de los hombres,  
Ciñete al flanco la espada, valiente”.*

Puesto de pie y vuelto hacia el nuevo caballero, el obispo dice:

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu

**Oremos:**

*Omnipotente y sempiterno Dios, infunde sobre este servidor tuyo, que desea portar esta aguda arma, la gracia de tu bendición, y haz que, defendido por tu derecha poderosa, sea protegido contra todos sus adversarios por las fuerzas celestiales, de modo que nadie pueda atemorizarlo en este siglo con las tempestades de la guerra. R. Amén.*

del Pontificale Romanum (Roma 1941).

## LA VERDADERA FUERZA. LOS SANTOS MÁRTIRES RIOPLATENSES



San Roque Gonzalez

«Asunción del Paraguay fue la primera gran ciudad fundada por españoles en tierras de la cuenca del Río de la Plata. Pronto dio grandes hombres, nacidos de matrimonios de españoles y nativos. Entre ellos, se destacaron dos, uno como héroe y gobernante, el otro, como santo sacerdote y misionero. El primero se llamó Hernando Arias de Saavedra, y sus contemporáneos lo llamaban más sencillamente “HERNANDARIAS”. Hernando nació en 1560 y murió en 1631, tras haber gobernado sabiamente y durante muchos años Asunción, “la ciudad de los quinientos habitantes y de las mil turbaciones”, según se decía por entonces.

El segundo fue ROQUE GONZÁLEZ de la Santa Cruz, quien nació en 1576, bajo el gobierno de Don Juan de Garay, y murió martirizado en 1628.

En la propia Asunción y desde niño, entró en contacto con los aborígenes de la selva paraguaya, y les tomó particular afecto. Dicen de él que era alto y delgado, de complexión robusta y lindo semblante, de mirada simpática y comprensiva. Seguramente, muchas chicas asunceñas morían de amor por él. Pero Roque decidió que sería sacerdote, en la orden que Ignacio de Loyola había



fundado en 1541, hacía poco tiempo.

Fue ordenado sacerdote en la ciudad de Asunción, todo un evento para los vecinos, buenos cristianos, cuando gobernaba Don Hernando Arias de Saavedra. Por obra suya estaba de visita en la ciudad el obispo de Córdoba del Tucumán, Fray Hernando Trejo y Sanabria (que era medio hermano de Hernandarias), que fue quien probablemente lo ordenó.

Ya sacerdote, remontó el río y se internó en la selva buscando indios, para salvarlos llevándoles la Gracia de Dios. Y, en los inicios, no encontró oposición. A todos impresionaba su recogimiento al rezar la Misa, su devoción a la Eucaristía, su mansedumbre y caridad para con todos, su dulzura unida a la seriedad de su predicación y a la claridad de su doctrina.

De su permanencia entre indios se conservan muchos relatos, pues según una costumbre de la Compañía, encontraba tiempo, robándolo al descanso, para escribir largas cartas a sus superiores. Por ellas sabemos de los padecimientos que, sacerdotes e indios, sufrían a menudo: hambre y epidemias, temperaturas agobiantes y mil molestias. Todo lo llevaba Roque con corazón humilde y agradecido a su Señor, que le permitía servirlo entre sus queridos indios.

Fundó varias reducciones, muchas de las cuales aún hoy existen como ciudades: Ntra. Sra. de los Reyes Magos de Yapeyú, Concepción, a orillas del Uruguay, su primera fundación; San Francisco Javier, a la vera del mismo río, entre otras.

Enterado de que en la banda oriental de Uruguay había una inmensa población de indios que todavía no habían sido evangelizados, decidió cruzar el río. El territorio actualmente pertenece al Brasil. Aquí comienza su último viaje, que fue como el de Jesús, un caminar hacia su martirio, pues aquellos indios estaban bajo las órdenes de un gran cacique que era hechicero y muy sanguinario, enemigo acérrimo de Cristo y de sus sacerdotes. Al padre Roque se le unieron otros dos sacerdotes, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo, ambos jesuitas españoles, que se pusieron bajo sus órdenes.

Tantas fueron las dificultades y penurias que tuvieron que soportar, tan estrecha la vida y tan áspera, que se ha escrito de ellos que *“mal se dice que llegó a ser mártir, sino que dejó de serlo, muriendo”*. Hubo conversiones y bautismos, pero duraron poco, pues el hechicero Ñezú, a quien muchos indios tenían por un semidiós, amenazándolos de continuo, terminó por inducirlos a matar a los sacerdotes, destruir las precarias iglesias, quemar cuanto ornamento e imagen encontrasen a su paso y “borrarse” el bautismo recibido.

El 15 de noviembre, cuando estaba levantando un campanario en compañía de muchos indígenas, uno de los conjurados descargó un fiero golpe en la cabeza del padre Roque, matándolo en forma instantánea. Luego la emprendieron con el padre Alonso, golpeándolo también con macanas y palos, matándolo de a poco. Pasaron a vejar los cadáveres y destruir la capilla, haciendo con todo una inmensa hoguera. Paralelamente, en otra reducción vecina, era bárbaramente asesinado el padre Juan, que murió diciendo: *“Dame fuerzas, Madre del cielo”*.

Contaron muchos que fueron testigos que, acercándose a la mañana siguiente a ver lo que quedaba, oyeron la voz del padre Roque que les hablaba: *“Aunque me matéis, no muero; porque voy al Cielo”*. Espantado, el cacique que había dirigido la partida, mandó le sacasen el corazón al cuerpo del padre Roque, lo atravesaran con flechas y volvieran a quemarlo. Pero no se quemó.

Los restos de los santos mártires fueron rescatados poco tiempo después por otros sacerdotes que, a pesar de todo, afrontaron los peligros para llevar el consuelo de la fe incluso a los mismos asesinos. Las reliquias fueron enterradas bajo el presbiterio de la catedral de Concepción. El corazón incorrupto del padre Roque fue enviado a Roma. Esta reliquia fue remitida en 1928 a Buenos Aires y durante años fue venerada en el Colegio de El Salvador, de la Compañía de Jesús. En 1988, en ocasión de la canonización de los mártires rioplatenses, fue repatriada y hoy es venerada en la capilla de los Mártires de Asunción, en el Colegio de Cristo Rey, de la capital del Paraguay.

Como ocurre siempre, “la muerte de los mártires es semilla de nuevos cristianos”. Pocos días más tarde, cuando nuevos misioneros llegaron al lugar de los hechos, encontraron muchos indios arrepentidos y a otros convertidos ante el testimonio de los santos, pidiendo el bautismo y el perdón».

Del libro de SAENZ, ALFREDO, *Héroes y santos*, Gladius, (Buenos Aires 1994), 327-355

## A San Roque González de la Santa Cruz

Tu sabías, Señor, que sin campanas,  
el alma se distrae y entristece,  
que son iguales todas las mañanas.

Tú sabías, Señor, que reverdece  
la alegría del indio y de su raza  
cuando el metal tañido lo estremece.

Fue por ellos, Señor, que en la amenaza  
y estando en el Caaró, alcé un badajo  
el día de mi muerte y de mi brasa.

Fue por ellos que anduve, río abajo,  
en la selva, en el monte, en la ribera,  
unido en la oración y en el trabajo,

que no quise flamear otra bandera  
sino la de la Fe y las obras claras  
traída por la España Misionera.

Fue por ellos, al fin, hecha con varas,  
la Cruz por los pantanos y zarzales,  
la Misa celebrada entre tacuaras,

-pues tumbados los ídolos tribales,  
la Virgen Conquistadora defendía  
a sus hijos, de embrujos y de males-.

Por ellos no importaba la sequía,  
ni el frío ni el peligro de emboscada,  
ni el martirio que acaso presentía.

Y ahora muero, Señor; ya me anonada  
la sangre que se marcha de mis venas,  
esta carne por Tí crucificada.

Pero Tú quiebras todas las condenas,  
la flecha y hasta el fuego enmarañado.  
Y la grandeza de tu amor sin penas  
me deja el corazón resucitado.

*Antonio Caponnetto (1993)*